

Un Sórdido Epistolario

por Sebastián Salazar Bondy

A las redacción de nuestro diario llegan centenares de cartas. Se trata de la espontánea colaboración del público en la útil labor de información y opinión, característica del periodismo moderno, el cual concibe toda publicación como una tribuna del pensamiento ciudadano. El volumen de tal contribución es tan grande que no queda más remedio, en vista de los problemas de espacio y estilo, que llevar a cabo una selección de esa correspondencia en cuanto al interés de los temas que expone. En verdad, la Democracia permite como ningún otro clima civil la manifestación libre y respetuosa de las ideas, y en este sentido el diálogo entre lectores y periodistas es, dentro de ella, cada vez más vivo e intenso. Las cartas al director y a los articulistas tienen gran importancia, por ejemplo, en los diarios y las revistas de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, al punto de ser, las que las incluyen, las columnas de mayor atractivo en las principales páginas de la prensa de esos países, donde emitir el pensamiento es, más que en un derecho, un deber.

Hay, sin embargo, por lo menos entre nosotros, comprensión en esta masa de regular correspondencia, una suerte de epistolario sórdido. Se trata de las cartas seudónimas y anónimas que contienen, juntamente con la opinión de un individuo respecto a determinado problema, generalmente de política actual, injurias, amenazas o sarcasmos, cuyo propósito, sin duda, es mortificar al destinatario. El objetivo de dichas cartas no interesa, pues su condición anónima o seudónima desautoriza de raíz su contexto. Debe preocupar más, en cambio, el origen del procedimiento y los mecanismos que mueven la mano de un hombre para dirigirse a otro, en discordia, no por la vía polémica, buscando el juego claro y honrado de la controversia, sino por el oscuro atajo de la ocultación y el agravio. La estructura psicológica de los autores de estas cartas es, sin duda, un caso clínico para los especialistas. Aquí no intentaremos tan delicada indagación.

Planteemos el asunto desde otro ángulo. Si el cronista que esto firma publica una nota sobre determinada cuestión, no piensa en absoluto que todos los lectores han de estar de acuerdo. Sólo una vanidad enfermiza podría producir tan osada convicción. Desde el momento en que, bajo su nombre, da a conocer su particular punto de vista y sus argumentos en favor de él, procede con elemental rectitud. Está dispuesto, en consecuencia, a aceptar la discrepancia y, si el criterio contrario posee eficacia dialéctica, a polemizar con el rival dentro de las fundamentales normas de respec-

to mutuo y altura ideológica. Lo que se afirma con claridad, independencia y solvencia ética no dará pábulo a la represalia, puesto que, tal como reza una antigua sentencia popular, "quien no la debe, no la teme". ¿Qué significa, pues, que haya un ser que reaccione ante las ideas ajenas con un ponzoñoso anónimo? Por sobre todo, significa que su nombre, colocado al pie de una exposición, en vez de respaldarla, la invalida. Hay ahí un problema de conciencia, y la conciencia dicta sus órdenes a dicho individuo conforme la escasa o ninguna libertad que tiene.

Es deprimente imaginar al corresponsal anónimo o seudónimo sentado ante su máquina de escribir poniendo con violento rencor, en el papel que previamente ha elegido como el único que no lo denunciará, sus opiniones. Obra con impaciencia y se detiene para dar caza a un sustantivo iracundo, a un adjetivo cruel, a un verbo amargo, para proseguir enseguida en su acezante tarea. Luego, toma un sobre —es corriente, sabe Dios por qué razón, que eche mano de un sobre de luto—, introduce en él las torvas páginas que ha redactado y se dispone a remitirlas. No tiene más satisfacción. Su menor o mayor fantasía le procurarán una imagen más o menos viva del efecto de sus palabras en el ánimo del destinatario. Lo que ignora el desdichado es que si envía su biliosa misiva a un periodista, ésta cae en manos de alguien que, a través de muchos años en el ejercicio de una profesión llena de riesgos, se halla habituado a esta clase de correspondencia, y ante ella no tiene otra actitud que la de echarla al canasto y encargarse de hombros. Ahí termina el esfuerzo de aquel cándido enemigo que rehusa su identidad.

Habría, por supuesto, que realizar un trabajo estadístico de la proporción de anónimos y seudónimos en la correspondencia cotidiana de un diario con el fin de establecer qué porcentaje de gente hay entre nosotros que carece de la valentía de sacar por algo la cara. Quede eso para los sociólogos. Generalmente son acusaciones sin fundamento, delaciones contra terceros o ataques personales inspirados por el odio, y eso sólo los hace indignos de respeto. En compensación de tan sórdido epistolario hay otro límpido, sincero y generoso: el de los cientos de lectores del diario que, en acuerdo o desacuerdo con la línea del periódico y los periodistas que lo forman, dice con la frente levantada lo que piensa. Afortunadamente, la mayoría de las cartas que llegan pertenecen a esta noble especie. Ellos son la voz del pueblo que, hoy y siempre, es la voz de Dios.